

Quando Jesús te devuelve la vida

Alex Zuñiga

October 25, 2026 | Marcos 5

Prepared from the spoken message and lightly edited for readability. Scripture quotations and spoken phrasing are preserved as delivered.

Buenísimo. ¿Quién está listo para estudiar la Palabra de Dios?

Students, you guys are good to go. ¿Dónde está el pastor Tony? Ah, acá está el pastor Tony. Gracias al pastor Tony. Se me perdió.

Gracias por estar acá. Estudiantes, you are middle school and high school, go and walk out. It's okay. Nobody's going to bite. Vayan para allá. Si tienen muchachos entre middle school y high school, mándenlos con los estudiantes. No se van a ir; ellos van a estudiar también la Palabra de Dios.

¿Les parece si ponemos este tiempo en las manos de Dios? ¿Sí?

Señor, una vez más te queremos glorificar por este tiempo. Gracias porque podemos adorar tu nombre, Señor, pero también podemos estudiar tu Palabra y ser bendecidos a través de ella. Yo te pido que sea un vaso útil en tus manos esta tarde, Señor, y que tu Palabra venga, nos rete, nos inspire y transforme nuestro corazón. En el nombre de Jesús. Amén.

Casos fríos

¿A quién le gustan las investigaciones? ¿A alguien le gustan esas cosas de ID, de Discovery? Me gusta todo eso de cuando los investigadores se ponen a buscar cosas. Yo quiero resolver el caso. ¿A alguien le ha pasado que está viendo una película y quiere resolver el caso? Ya quiere saber de qué se trató.

Yo soy muy así. Me gusta mucho ver cosas interesantes donde se tienen que buscar diferentes pistas.

Hoy en día hay lugares en la policía donde hay un archivo con lo que llaman casos fríos. En inglés se dice cold cases. ¿Han escuchado eso? Es un caso que ya se enfrió, que ya no tuvo pistas. De repente se acabó todo y dijeron: "Ya no hay nada que hacer. Se perdió la pista". Iban siguiendo el hilo y de repente se cortó.

Posiblemente pasaron meses o años, los investigadores se jubilaron y la caja terminó en un estante. Quedan las cajitas ahí guardadas de old cases o cold cases, casos fríos que ya se enfriaron por completo.

Nadie puso en un papel: "¿Sabes qué? Nos rendimos. Hasta aquí llegamos". No hacía falta. La caja simplemente estaba ahí y ya nadie esperaba que algo cambiara o que surgieran pistas. Simplemente el caso se enfrió.

Hay un investigador, J. Warner Wallace, que me encanta mucho. Él es un investigador de este tipo de casos. ¿Y sabes lo que hizo? Se puso a investigar los Evangelios. Así que, si te gusta leer, el libro se llama Cold-

Case Christianity. Es un libro buenísimo donde te explica los Evangelios desde la perspectiva de un investigador de casos fríos, entrevistando a los testigos oculares, aunque ellos ya no existan. Interesantísimo.

Pero bueno, me salí del tema. Por eso necesito mis notas, porque si no me salgo.

¿Qué sucede? Posiblemente nosotros tenemos en nuestro corazón o en nuestra mente muchos casos fríos. De ese tipo de casos en los que dijiste: "Ya esta persona está perdidísima. Ya no hay nada que hacer".

¿Alguien conoce a alguien así? No levante la mano. Dices: "Ya por este no se puede hacer nada. Este nunca va a cambiar. Este siempre se va a meter en problemas. Este es el dolor de cabeza".

Hay alguien a quien se conoce en la familia como la oveja negra. Se oye bonito, ¿no? "La oveja negra". Se oye bonito. Pero sucede que muchas veces nosotros tenemos en nuestro corazón a muchas personas así. Personas de las que dices: "Este siempre ha sido así. No va a cambiar", o: "Mejor mantén tu distancia, porque estando cerca de esta persona siempre sale todo mal".

¿Alguien conoce a alguien así?

Ahora, si somos honestos, tal vez ese caso frío en alguna ocasión fuimos tú y yo. Esta semana un amigo decía unas palabras que me recordaban algo: "Nunca me imaginé que él fuera a ser pastor". Yo era un caso frío, y el Señor tuvo misericordia de mí.

No solamente eso, sino que el Señor utilizó esta semana a varias personas para hablar a mi corazón. Hoy estamos en un tema libre, así que el Señor trajo esto a mi corazón. Qué lindo que, cuando estudias la Palabra de Dios, el Señor nos da algo para compartir. De eso te quiero hablar hoy.

Tal vez tú y yo hemos llegado a ser un caso frío. Tal vez alguien pensó lo peor de ti: ya no servías, ya no hacías nada. Nadie daba, como dicen en mi rancho, ni un cacahuete por ti.

Esta tarde quiero que abras tu Biblia en Marcos 5. Posiblemente dijiste o llegaste a pensar: "Mi historia llegó hasta aquí. Así soy y así me voy a quedar". Hoy quiero animarte a ver algo diferente a través de la Escritura.

Así que, si tienes tu Biblia, ya sea digital, de papel o, como los más modernos, en su tabletita donde escriben, abre tu Biblia en Marcos 5.

Me encanta lo que dice Marcos 5. Aquí hay una historia que posiblemente has escuchado: la del endemoniado. ¿Has escuchado acerca del endemoniado que tenía una legión? Bueno, eso es lo que vamos a estudiar hoy.

"Pastor, ¿qué tiene que ver eso con ser visto?". Bueno, vamos a llegar a donde el Señor te quiere llevar hoy.

Marcos describe así a este hombre, que era un caso frío, si lo ves de esa manera, porque la gente ya no daba nada por él:

Este hombre vivía entre las cuevas de entierro y ya nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas. Siempre que lo ataban con cadenas y grilletes, lo cual hacían a menudo, él rompía las cadenas de sus muñecas y destrozaba los grilletes. No había nadie con suficiente fuerza para mantenerlo sometido. Día y noche vagaba entre las cuevas donde enterraban a los muertos y por las colinas, aullando y cortándose con piedras afiladas.

— Marcos 5:3-5

Fíjate en lo que está pasando aquí. La gente había intentado. Le ponían cadenas, le ponían grilletes, trataban de sostenerlo, pero nadie podía. El texto dice que lo hacían constantemente, a menudo. No fue solo un intento; fueron muchos. Pero nada funcionaba.

Cuando nada funcionaba, la gente terminaba haciendo lo único que sabía hacer: se acostumbraba. Se acostumbraba a decir: "Pues ya, ¿qué? Así es. Nunca va a cambiar. Ya deja de estarle diciendo".

¿A alguien le ha pasado? "Ya no lo molestes. Así es. Ya no le digas nada. Así es".

Eso era lo que estaba pasando. Aquel hombre se volvió parte del paisaje.

Donde nosotros vivíamos en México se acostumbra, lamentablemente, poner sobrenombres a la gente. Entonces decían: "Ay, ahí viene Lupe la Loca". De verdad. Lupe la Loca era la señora que no estaba bien de la mente y vivía en el área, pero ya todo el mundo la conocía como Lupe la Loca. Era algo normal.

Eso estaba pasando con este hombre. Pasó a ser parte del paisaje. Cuando alguien llegaba a visitar, decían: "Ah, ahí viene el loco aquel. Mira, ahí va". Llegaba la visita: "Ah, sí, mira, esa es Lupe la Loca, de quien todo el mundo habla".

Me imagino a los papás diciéndoles a sus hijos: "Ni se acerquen al cementerio, porque ahí va a andar aquel loco".

Pero ese día una barca cruzó el lago. Mientras todo el pueblo se había acostumbrado a que aquel hombre viviera así, Jesús todavía veía a una persona que necesitaba misericordia. Mientras todo el mundo veía todo lo demás, Jesús veía a una persona que necesitaba misericordia.

Así que la pregunta que nos va a acompañar toda esta tarde es esta: ¿Qué hace Jesús con una vida que los demás han dejado a un lado? ¿Qué hace Jesús cuando el mundo te desacredita, te hace a un lado y dice que no tienes valor?

El texto nos da tres respuestas: Jesús todavía se acerca, restaura y también envía.

Jesús se acerca al que todos evitan

Lo vemos una y otra vez. Antes de movernos a los domingos, yo hablaba con los líderes y les decía: "Jesús se incomodó por una persona".

Jesús no tenía que atravesar Samaria. Podía darle la vuelta, pero se incomodó, se metió a Samaria y fue al centro. Usualmente, el pozo de agua estaba en el centro. Él llegó ahí y se encontró con una samaritana. No

tenía que hacerlo, pero se incomodó, fue y atravesó Samaria.

Lo mismo está pasando acá. Jesús vio la necesidad.

Pero, para entender este encuentro, tenemos que ver algo que pasó unos minutos o unas horas antes. Al final del capítulo 4, Jesús y sus discípulos estaban cruzando el lago y se desató una tormenta. ¿Te acuerdas de aquella tormenta? Todos decían: "¡Ey! ¿Qué está pasando?". Jesús vino y le dijo a la tormenta: "Calmadita". Estoy parafraseando, ¿no?

Se calmó la tormenta. Dice que todo quedó tranquilo.

Llegaron a la orilla y Jesús se encontró con otra tormenta. Esta no era del agua; la tormenta estaba dentro de este hombre.

Fíjate adónde llegaron. Para un judío, aquel era un lugar impuro. Era una región formada por diez ciudades. Toda esa área era un lugar inmundo, un lugar al que un judío no llegaba.

¿Por qué? Porque había cerdos. Y tú dices: "¿Qué tiene que haya cerdos?". Para los judíos, el cerdo era un animal impuro. Entre los judíos nunca ibas a ver un cerdo. Donde vivían los judíos no había cerdos.

"¿Y el bacon?". No, pues se lo perdían. No había.

Jesús tocó tierra en un lugar inmundo, para comenzar. También había tumbas. La ley de Moisés enseñaba que quienes tenían contacto con los muertos eran impuros. Entonces, ahí vivía un hombre con un espíritu que Marcos llama "un espíritu inmundo". Era un lugar al que ningún maestro judío respetable hubiera querido ir, y Jesús escogió llegar ahí.

Mira lo que dice Marcos 5:2:

Cuando Jesús bajó de la barca, un hombre poseído por un espíritu maligno salió del cementerio a su encuentro.

— Marcos 5:2

Apenas puso el pie en tierra, ahí estaba el hombre. Acuérdate: acababa de terminar una tormenta. Jesús vino, se paró y vio otra tormenta dentro de un hombre.

Marcos no nos dice que Jesús buscara otro camino ni que esperara a alguien que controlara la situación. Jesús llegó exactamente al lugar al que tenía que llegar.

Si nos detenemos y pensamos un poquito en todo lo que separaba a este hombre de los demás, vemos que vivía entre las tumbas, en el lugar de los muertos. Estaba dominado por espíritus, se cortaba a sí mismo, se lastimaba y la comunidad ya había agotado todos sus recursos.

Sin embargo, mira lo que dice el versículo 6:

Cuando Jesús todavía estaba a cierta distancia, el hombre lo vio, corrió a su encuentro y se inclinó delante de él.

— Marcos 5:6

En otra versión dice que cayó de rodillas a sus pies. Las fuerzas que lo dominaban gritaban y se resistían, pero el hombre terminó postrado delante de Jesús.

Lo que ninguna cadena pudo someter se inclinó ante la autoridad del Hijo de Dios Altísimo. En ese momento, sin que Jesús dijera nada, aquel hombre poseído lo vio, corrió hacia él y se postró. Jesús llegó e inmediatamente impuso autoridad. Eso me encanta.

El comentarista James Edwards lo dice de esta manera: cuando el endemoniado se encuentra con lo divino, no hay contienda, no hay problema. Yo puse aquí: "No hay revolupa", para los que entendemos eso. No hay problema.

Cuando Jesús llega, el endemoniado se encuentra con lo divino y ahí no hay ningún problema. Lo que todo un pueblo no pudo sostener se rindió en un momento delante de Jesús, porque dice que sucedió inmediatamente.

Luego Jesús hace algo que no deberíamos pasar por alto: le pregunta su nombre.

Tú dices: "Bueno, ¿no está viendo Jesús que está medio loco este hombre?".

Imagínate el cuadro. Yo no sé tú, pero imagínate a un hombre que se ha hecho daño durante mucho tiempo. ¿Tú crees que andaba bien bonito de la piel, con cremita, lotion y perfumado?

Cuando leas la Biblia, léela detenidamente. Estas últimas dos semanas le he enseñado a mi hija menor cómo leer. Le digo: "Métete en la historia. Imagínate que estás ahí. Cierra los ojos e imagina todo el cuadro". No hay descripción de muchas cosas, pero métete en lo que está pasando.

Imagínate a este hombre. Posiblemente olía mal. Vivía entre los muertos, estaba entre los cerdos, estaba en un lugar apartado y se cortaba todo el tiempo. ¿Tú crees que se bañaba?

Imagínate que este hombre llega y lo primero que Jesús le dice es: "¿Cómo te llamas?".

Me llamo Legión, porque somos muchos los que estamos dentro de este hombre.

— Marcos 5:9

Su identidad estaba tan invadida que ya no podía responder con su propio nombre. Pero Jesús no le habla a una etiqueta; Jesús se dirige a una persona.

Muchas veces el mundo nos pone etiquetas. Hoy hablaba con una persona y le decía: "¿Tú quieres que la gente te conozca por una etiqueta?".

Yo no quiero que me conozcan por una etiqueta. "Ay, yo soy la oveja negra de mi familia". ¡Qué orgullo ser la oveja negra! No. "Yo soy el mentiroso de la familia". No. "Yo soy el que nunca paga". Tampoco. Yo no quiero tener ese tipo de sobrenombre sobre mí.

La mente de este hombre estaba tan corrompida que ni siquiera dijo su propio nombre: "Somos legión,

porque somos muchos". Mira, su identidad ya no existía.

Ahora, quiero contarte una historia.

En 1873 había un joven misionero llamado Damián de Veuster que pidió que lo enviaran a un lugar adonde nadie iba. "Ah, pastor, si me dice el lugar, yo iba hasta gratis". Él se fue a la isla de Molokai, en Hawái. ¿Quién iría a Hawái?

Ahora déjame darte un poquito de contexto. En ese entonces, mandaban allá a toda la gente que sufría de lepra. Sí, estaba bonito el mar, pero la tierra estaba muy fea.

Este misionero belga quiso que lo mandaran para allá. Cuando Damián llegó a la isla, había unas seiscientas personas viviendo en condiciones muy duras, abandonadas por todos.

Imagínate: gente con lepra que sufría desfiguraciones por lo que estaba pasando en su piel y en su cuerpo. Vivían ahí solos, no tenían recursos y trataban de sobrevivir.

Damián se quedó. Les curaba las llagas, los ayudaba a construir sus casas y, cuando alguien moría, él mismo hacía el ataúd y lo enterraba.

Años después descubrió que él también se había contagiado de lepra. En ese entonces, la lepra era cien por ciento mortal. A quien le daba lepra, simplemente lo mandaban a morir. Por eso se iban a la isla de Molokai.

Desde entonces empezó a predicar de una manera distinta. Ya no comenzaba diciendo: "Mis queridos hermanos". Imagínate: "Hermanos, ¿cómo están? Bienvenidos". Él decía: "Nosotros, los leprosos". Empezó a identificarse con lo que él mismo comenzó a vivir. Había cruzado tanto que ya se había vuelto uno de ellos.

Pero fíjate en la diferencia: Damián pudo acompañar a los enfermos, pero no pudo sanarlos. Damián pudo compartir su enfermedad, pero no pudo quitársela.

Jesús cruzó el lago e hizo mucho más que acompañar. Él vino con autoridad para liberar. No solo se acerca a nuestra condición; tiene poder sobre ella.

Aquel hombre había adoptado una identidad, igual que Damián adoptó una identidad. Pero el Señor no viene a adoptar nada; Él viene a transformar.

Aquí tenemos que tener mucho cuidado, porque no toda persona que sufre está en la misma condición que este hombre. Su caso es muy particular. Pero el texto sí nos enseña una verdad que todos podemos entender: ninguna persona está tan lejos de Jesús que Él no pueda acercarse. Ninguna persona.

Hace tiempo, en una sesión de consejería, alguien me decía: "Pastor, es que yo estoy bien perdido. Si usted supiera lo que yo he hecho...".

Le dije: "No necesito saberlo, porque la Palabra me dice que no hay nada que me separe de su amor. No estoy tan lejos como para que el Señor no se pueda acercar a mí".

Es una verdad que habla a dos grupos de personas. Primero, si te sientes lejos por lo que has hecho, por lo

que te hicieron o por lo que otros dicen de ti, Jesús no se queda en la orilla esperando a que tú te arregles para poder acercarse. Él cruza el lago, baja de la barca y llega hasta donde tú estás. Así que, no importa dónde estés, el Señor quiere estar contigo.

Pero, si tú también eres de esos que dejaron de acercarse a alguien porque piensan que ya no hay nada que hacer, el texto también nos confronta.

¿A quiénes hemos empezado a considerar casos perdidos? ¿A quién ya le hemos cerrado el archivo? "Este ya es un caso perdido. Archívalo. Siempre va a ser así".

Jesús nunca vio a este hombre como un caso; lo vio como alguien. Y nosotros, que decimos seguirlo, no podemos reducir a nadie a su pasado, a su problema o a su reputación.

El Señor viene y te dice: "Míralos con los ojos con los que yo los veo". El Señor te ve con amor. El Señor te ve con gracia.

Hay un libro que se llama *Seeing with New Eyes*. Es un libro de consejería, y pregunta: "¿Cómo puedo ver a las personas a través de los ojos de Jesús? ¿Cómo es que Dios nos ve?".

El Señor no ve solamente lo que hay en mí ni lo que el mundo dice. El Señor te dice que todavía se acerca. Jesús se acerca a ti, no importa dónde estés.

Jesús restaura a quien nadie podía restaurar

El relato no se detiene ahí. Cuando Jesús se acerca, su presencia logra lo que toda la fuerza y todos los intentos del pueblo nunca lograron. Jesús pudo hacerlo porque restaura a la persona a quien nadie podía restaurar.

"Es que ya lo mandamos a consejería. Ya lo mandamos a hablar. Ya le dijimos que hiciera esto y no hace nada. Pastor, no cambia".

Bueno, el Señor te está diciendo: "Tranquilo. Entrégamelo a mí". O: "Entrégate a mí. Yo te puedo cambiar".

Mira lo que dice el versículo 13. Los espíritus le estaban suplicando y pidiendo permiso para salir:

Entonces Jesús les dio permiso. Los espíritus malignos salieron del hombre y entraron en los cerdos, y toda la manada, de unos dos mil cerdos, se lanzó al lago por el precipicio y se ahogó en el agua.

— Marcos 5:13

No hubo una lucha larga ni un ritual complicado. Bastó una palabra. Jesús les dijo: "¿Se quieren ir? Váyanse. Salgan".

Lo que nadie pudo hacer con cadenas durante años, Jesús lo hizo con una palabra. ¿Te acuerdas de lo que decía la historia? Constantemente lo amarraban, le ponían cadenas y trataban de sostenerlo, pero no podían hacer nada.

Los hombres que cuidaban los cerdos salieron corriendo a la ciudad y la gente salió a ver qué había pasado.

Vete por la 45 y, si ves una ambulancia, ¿sabes qué pasa? Se para el tráfico porque todo el mundo quiere saber qué está pasando. Todo el mundo quiere frenar para ver qué pasó.

Bueno, estaba pasando lo mismo. La gente salió a ver qué había sucedido, y esto fue lo que encontró:

Pronto una multitud se juntó alrededor de Jesús y todos vieron al hombre que había estado poseído por la legión de demonios. Se encontraba sentado ahí, completamente vestido y en su sano juicio. Y todos tuvieron miedo.

— Marcos 5:15

Mira esas tres descripciones, porque cada una es un milagro.

Estaba sentado. ¿Era normal que él se sentara? No. Dice que vagaba todo el día, andaba por la calle, no tenía paz. Ahora tenía paz.

Estaba completamente vestido. Vivía completamente expuesto; ahora tenía dignidad.

Estaba en su sano juicio. El que aullaba entre las tumbas ahora pensaba con claridad.

Jesús no solo arregló su situación; Jesús restauró a la persona que él era.

Lucas cuenta esta misma historia y añade que el hombre estaba sentado a los pies de Jesús. Solamente un discípulo se sentaba a los pies de Jesús porque quería aprender, porque quería estar ahí. Ese es el lugar donde se sienta un discípulo.

Si vemos la tormenta que había sucedido, Jesús calmó el viento y el lago quedó completamente en calma. Ahora calmó la tormenta dentro de un hombre y él quedó en paz. El mismo Jesús que manda sobre el mar manda sobre el corazón.

Posiblemente tú y yo no podemos cambiar a nadie, pero el Señor puede cambiar el corazón de las personas a las que tú amas.

Hay una historia que escribió Víctor Hugo llamada Los miserables. Hasta hay una película sobre eso. Los miserables habla de un personaje llamado Jean Valjean. Pasó diecinueve años en prisión. Todo comenzó por haber robado un pan.

Imagínate: se robó un pan y lo metieron diecinueve años en prisión.

"Pastor, si a mí me echan del trabajo...". Más. Se ríen porque saben que algo pasó.

Cuando por fin salió, la sociedad siguió poniéndole cadenas. La sociedad empezó a marcarlo y andaba básicamente con un letrero que decía: "Es un exconvicto". Como era exconvicto, se le cerraban todas las puertas. Nadie le daba trabajo y nadie lo dejaba dormir en ningún lugar.

Solo un anciano, un obispo, le abrió la puerta, le dio de comer y le ofreció una cama.

Esa misma noche, el exconvicto se robó los cubiertos de plata y salió corriendo. Todo indicaba que iba a regresar a prisión para siempre. Pero lo atraparon con el botín y lo llevaron de regreso a la casa del obispo.

Cuando llegó, el obispo le dijo: "¡Qué bueno que regresaste! También se te olvidaron los candeleros; no te los llevaste".

El policía preguntó: "Ah, entonces, ¿usted se los dio?".

"Sí, sí, sí".

Cuando se fue la policía y se quedaron solos, el obispo le entregó los candeleros y le dijo: "Con este regalo te estoy dando la oportunidad de dejar atrás el mal y comenzar una nueva vida para Dios".

La ley había puesto cadenas sobre este personaje; la misericordia le devolvió la vida.

Esto es ficción, porque es un libro. Lo que hizo el obispo fue un reflejo pequeño, pero lo que hizo Jesús con el gadareno no fue un reflejo; fue una realidad. Jesús tuvo poder para sacarlo de las tumbas y sentarlo en su sano juicio.

Eso es lo que el Evangelio sigue diciendo. El pastor Tim Keller lo dice de esta manera: "El Evangelio es esto: somos más pecadores y defectuosos en nosotros mismos de lo que jamás nos atrevimos a creer, pero, al mismo tiempo, somos más amados y aceptados en Jesucristo de lo que jamás nos atrevimos a esperar".

Me encanta cómo Tim Keller lo escribe, porque es una realidad. Ahí está el secreto de la restauración. Jesús no ignora lo roto; lo ve por completo. Pero tampoco se queda con lo roto. Nos ama más allá de lo que imaginamos.

El hombre gadareno no fue restaurado porque se esforzó más. Fue restaurado porque Jesús llegó con misericordia y autoridad.

Ahora viene una parte muy inquietante de todo este relato. Uno esperaría una fiesta, ¿no? El pueblo aplaudiendo: "¡Qué bueno, Jesús, lo que hiciste! Ya no va a andar este loco corriendo y asustando a mis niños". Me imagino a la mamá gritándoles ahí.

Pero no. Fue todo lo contrario. Mira lo que dice: tuvieron miedo.

La multitud comenzó a rogarle a Jesús que se fuera y que los dejara en paz.

— Marcos 5:17

Imagínate a estos locos gadarenos. Tenían frente a ellos la evidencia más clara de que Jesús tiene el poder de cambiar una vida. Era el caso frío con el que el pueblo ya se había rendido por completo, y le pidieron a Jesús que se fuera.

El texto no nos dice exactamente por qué. Sí nos dice que les contaron lo que había pasado con el hombre y con los cerdos.

Muchos comentaristas nos hacen pensar que dos mil cerdos no eran muy poca cosa. Eran el sustento de mucha gente.

Si lo ponemos sobre una balanza, de un lado tenemos una manada enorme ahogada en el lago y, del otro, a

un hombre sentado, vestido y en su sano juicio. Para Jesús, ese hombre valía mucho más que los cerdos. Pero el pueblo no lo vio así. La presencia de Jesús les resultó más incómoda que la vida rota de aquel hombre.

Aquí viene una pregunta para nosotros, y quiero que la contestes en tu corazón: ¿Queremos que Jesús transforme vidas aun cuando esa transformación nos cueste algo o cambie lo que ya conocemos?

"Ya así déjelo, pastor. Estamos bien a gusto. Señor, ya ni le muevas, ya ni le muevas".

Tenemos miedo de que el Señor transforme el corazón de la persona. A veces preferimos un mundo predecible, aunque esté roto, antes que un mundo donde Jesús está obrando.

Ahora, la restauración que Jesús trae no siempre significa que todos los problemas desaparecen de un día para otro. Hay una mala idea que la gente tiene de la iglesia: "Vine a la iglesia porque me dijeron que el Señor me iba a transformar".

Sí, el Señor te va a transformar, pero toma tiempo. Tú no llegaste a ser malo de la noche a la mañana. El Señor va a trabajar en tu corazón.

Jesús convierte la misericordia recibida en testimonio

Jesús todavía restaura. Cuando este hombre restaurado vio que Jesús se iba, tuvo una sola petición. Pero Jesús tenía otro paso para él.

Jesús convierte la misericordia recibida en testimonio. Lo que el Señor ha hecho en nuestras vidas, lo hace para que se lo contemos a alguien más.

No el chisme. Dile al de al lado: "No es el chisme". Es el testimonio. Es el testimonio de lo que el Señor ha hecho.

El pueblo le pidió a Jesús que se fuera. El hombre restaurado le pidió exactamente lo contrario:

Mientras Jesús entraba en la barca, el hombre que había estado poseído por los demonios le suplicaba que le permitiera acompañarlo.

— Marcos 5:18

Es una petición hermosa. Imagínate: "Señor, te quiero seguir, porque mira lo que hiciste en mí. Te quiero seguir y quiero estar aquí".

Pero me encanta cómo lo pone el versículo 19 en la Reina-Valera:

Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.

— Marcos 5:19

Le dice: "Ve. Esto sí cuéntalo, porque vale la pena decirlo".

Jesús no lo está rechazando. Lo está comisionando a hacer algo.

Quiero que veas tres cosas. En primer lugar, le dice: "Ve a tu casa, a los tuyos". ¿Cuál era su primer campo misionero? No tenía que irse lejos ni irse a las misiones. Le dijo: "Ve a tu casa. Compárteles lo que yo he hecho en ti".

Muchas veces ese es el lugar más difícil para dar testimonio. ¿Alguien concuerda? Pero nadie puede discutir con una vida cambiada que conoció de cerca. Nadie.

"Mira lo que ha hecho Dios. Jamás imaginé...". No. Lo cantamos: "Na, na, na...". No. Pero mira lo que el Señor ha hecho. De verdad, mira lo que el Señor ha hecho.

Lo segundo es el contenido. Dice: "Cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho".

Jesús no le pide un discurso teológico. No le dice: "Aprende toda la Biblia y recítala frente a todos". No. Le dice: "Cuéntales lo que hice".

Es interesante que, en el Evangelio de Juan, cuando le preguntaron a un hombre que había nacido ciego cómo explicaba lo que había pasado, él respondió con algo muy sencillo. Mira lo que dice Juan 9:25:

Yo no sé si es un pecador - respondió el hombre -. Pero lo que sí sé es que yo antes era ciego y ahora puedo ver.

— Juan 9:25

"Yo no sé qué había ahí atrás. No sé si era un pecado. No sé qué había. Lo que sí sé es que yo no veía y ahora veo".

Eso es el testimonio. Eso es compartir el Evangelio.

Lo tercero es el corazón. Dice: "Diles cómo ha tenido misericordia de ti".

Posiblemente el mundo lo desechó y dijo: "Este ya no sirve. Este ya no sirve para nada". Pero Jesús tuvo misericordia, vino y lo transformó.

El centro del testimonio no es lo fuerte que él fue ni lo mucho que cambió por su propio esfuerzo. El centro es la misericordia que Jesús tuvo hacia él.

No te pierdas este detalle, porque dice: "Cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo".

La pregunta para ti es: ¿El Señor ha hecho cosas contigo? Cuéntalas. De verdad, cuéntalas. Esa es una manera de evangelizar a alguien: que conozca a Dios por medio de la manera en que el Señor ha trabajado en ti.

D. T. Niles, un evangelista de Sri Lanka, lo dijo de esta manera: "Evangelizar es un mendigo diciéndole a otro mendigo dónde encontrar pan".

Así: "¿Tienes hambre? Ahí hay comida". "¿De verdad?". "¿Quieres sanidad? A mí me sanó Dios. ¿Sabes dónde me sana? Ahí, cuando lo busco de rodillas. Él me sana ahí".

Eso es evangelizar. Me encanta cómo lo dice: "Es un mendigo diciéndole a otro mendigo dónde encontrar pan".

No te estoy llamando mendigo, por favor. Que luego digan: "Ay, pastor, me ofendió". No.

Es una analogía. El Señor te está hablando. Eso es exactamente lo que Jesús le está pidiendo a ese hombre: "Ve y diles".

No se iba a presentar como alguien superior, sino como alguien que había recibido pan cuando estaba muriéndose de hambre. Ahora sabía dónde estaba la mesa, dónde podía encontrar pan y dónde podía encontrarlo todo.

El hombre obedeció:

Así que el hombre salió a visitar las diez ciudades de esa región y comenzó a proclamar las grandes cosas que Jesús había hecho por él; y todos quedaban asombrados de lo que les decía.

— Marcos 5:20

Imagínate: "Yo era el loco".

"Pero ni te pareces".

"Pues para que veas lo que hace el Señor".

No te pierdas ese detalle. El pueblo le pidió a Jesús que se fuera y Jesús se fue, pero no se fue sin dejar un testigo.

Dios nos puso en el lugar donde estamos porque tiene un propósito para ti y para mí. La pregunta es: ¿Estoy testificando? ¿Estoy mostrando el amor de Dios?

Me encanta porque, si te vas unos capítulos más adelante, en Marcos 7, Jesús regresa a esa misma región. Esta vez le llevan a un hombre sordo para que lo sane y todos terminan asombrados.

El texto no dice qué cambió, pero uno no puede dejar de preguntarse: ¿Habría preparado el terreno aquel hombre que estuvo ahí? Porque era la misma región.

Ahora piensa en ti. Tal vez tu historia no es tan dramática como la de este hombre. No tiene que serlo. Pero Jesús te ha perdonado.

¿Quién necesita escuchar de la misericordia de Jesús a través de ti? ¿Quién necesita escuchar tu testimonio?

"Pero, pastor, es que el Señor no ha hecho nada bueno en mí".

Bueno, pues deja que el Señor haga cosas buenas en ti.

No siempre comienza con un sermón. Muchas veces comienza con buscar a esa persona, escucharla y caminar con ella. La gente necesita ver que no estás tratando de controlarla, sino que te importa.

¿Por qué? Porque Jesús todavía ve a las personas. Él te puede enviar y te puede utilizar.

Jesús todavía reabre casos

Hablamos de los casos que se han enfriado. De vez en cuando, años después, alguien vuelve a abrir una de esas cajas. Llega un investigador nuevo, aparece una pista nueva que nadie había visto y el caso se empieza a mover otra vez.

Eso es lo que hace Jesús: reabre los casos que el mundo ya cerró.

Aquel hombre vivía entre los muertos y Jesús cruzó el lago para llegar a él. Jesús todavía se acerca. No importa dónde estés, Jesús todavía se acerca.

Nadie lo pudo sujetar, pero Jesús lo dejó sentado, vestido y en su sano juicio. Jesús todavía restaura. El Señor quiere restaurar tu vida.

No sé dónde estás, pero Jesús también todavía envía. Él te quiere enviar.

Para eso vino Jesús:

Pues el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar a los que están perdidos.

— Lucas 19:10

Él viene a buscarte a ti y a mí.

El pasaje termina con dos respuestas muy diferentes ante la misma presencia. La multitud le pidió a Jesús que se fuera; el hombre que recibió misericordia le pidió quedarse.

A unos, hoy Jesús los invita a venir a Él. A otros los envía para compartir su misericordia.

¿Qué te está invitando el Señor a hacer hoy? ¿Qué te está pidiendo el Señor que hagas?

La Biblia dice que todos hemos pecado y que el pecado nos separa de Dios. No podemos arreglar las cosas solamente haciendo buenas obras o esforzándonos: "Como yo me porto muy bien, entonces voy a ir al cielo". No.

Pablo lo dijo en Romanos 5:8:

Pero Dios mostró el gran amor que nos tiene al enviar a Cristo a morir por nosotros cuando todavía éramos pecadores.

— Romanos 5:8

El Señor viene por ti y te quiere alcanzar.

Jesús murió en la cruz por nuestros pecados y resucitó al tercer día. Por eso la invitación no es: "Arréglate primero y luego ven". El gadareno no estaba arreglado. Jesús fue hacia él, y Jesús corre a nuestro encuentro.

Él quiere estar cerca de ti. Él está ahí: "¿Me recibes? Aquí estoy".

No mantengas a Jesús a distancia. Arrepiéntete de tu pecado y pon tu confianza en Él. Pídele que te perdone y entrégale tu vida. Es todo lo que el Señor te pide.

"Pero, pastor, es que a mí no me gusta venir a la iglesia. Nomás cuando hay comida el 15 de noviembre". Comercial.

Pero ¿qué pasa? El Señor dice:

Yo estoy a la puerta y llamo.

— Apocalipsis 3:20

"Aquí estoy, hijo. Hija, aquí estoy. Quiero transformarte. Quiero estar cerca de ti".

No necesitas palabras perfectas.

"Es que yo no sé orar".

No necesitas palabras perfectas. Puedes decirle simplemente desde tu corazón: "Jesús, reconozco que hay muchos problemas y que no puedo salvarme por mí mismo. Yo sé que moriste en la cruz y resucitaste, y por eso hoy puedo recibir salvación. Tú puedes salvarme. Señor, me arrepiento".

A sus pies. ¿Se acuerdan de lo que hizo el gadareno? Llegó a sus pies.

Si no has puesto tu confianza en Jesús y quieres hacerlo, hoy es el día. Cuando terminemos el servicio, si necesitas que alguien ore por ti, aquí atrás hay una puerta. Está Melvin. Queremos orar contigo. Hay un cuartito ahí. No pasa nada mágico ahí; simplemente oramos por ti. Queremos conectarnos contigo.

Ahora, si has recibido la misericordia de Dios, Él te envía esta semana de la misma manera que envió a aquel hombre a los suyos.

No es una fórmula. Te voy a pedir que pienses en una persona, cualquier persona que venga a tu mente. Piensa en una persona de tu casa, de tu trabajo, de tu cuadra, una de esas personas a las que otros ya dejaron de buscar.

Escribe su nombre. Si tienes el teléfono, escríbelo. Escríbelo en la Biblia. Empieza a orar por esa persona, porque el Señor quiere reabrir ese caso que el mundo ya dio por perdido.

Ahora acércate. Antes de hablar, busca una llamada, un mensaje, un café o una visita. Haz preguntas y escucha. Jesús le preguntó al hombre: "¿Cuál es tu nombre?". Empieza por interesarte verdaderamente por la persona.

Cuando llegue el momento, cuéntalo con sencillez. No adornes tu historia ni trates de tener todas las respuestas.

"Ay, es que quiero que suene sobrenatural lo que el Señor hizo".

Tranquilo.

"¿Sabes qué? El otro día no había alimento en mi alacena. Llegó alguien a la puerta, me tocó y me trajo pan". Eso es un milagro del Señor.

¿Sabes por qué te digo eso? Porque yo lo viví una vez, hace muchos años. Recuerdo claramente que no había nada en la alacena. Había una lata de no sé qué; era tomate viejo o algo así.

Recuerdo claramente que abrí la alacena y le dije: "Señor, gracias porque hay una lata de tomate. ¿Qué vamos a hacer con eso? No tengo la menor idea. Pero tu Palabra nos dice que no has visto a un justo desamparado ni a su descendencia mendigando pan. Tú vas a proveer".

Dios es mi testigo, y mi esposa también es testigo. No había pasado ni una hora cuando llegó una familia con una despensa a la casa.

¿Por qué? El Señor los envió. Eso es un milagro.

Comparte lo que el Señor ha hecho. No tiene que ser grande.

"Fui a la gasolinera, yo traía cinco dólares y al de al lado se le pasó y me llenó el tanque. ¡Gloria a Dios!". Es provisión de Dios.

Que tu testimonio se diga así.

Te dejo con una sola pregunta: ¿Qué respuesta le estás dando tú a Jesús? ¿Y a quién te está enviando?

¿Por qué no le dices: "Señor, hoy podemos venir ante tu trono porque yo sé que tú me recibes"?

Señor, gracias porque tú has transformado nuestras vidas. Tú vienes, Señor, y nosotros hoy solamente queremos caer a tus pies y venir ante tu trono, sabiendo que tú nos recibes. Te adoramos, Jesús.

Gracias por participar del servicio a través del internet. Esperamos que la experiencia de hoy haya alentado y desafiado su mente y corazón.

En Champion Forest nos apasiona ayudar a las personas a conocer a Dios, a crecer en su relación con Él y con los demás, mientras todos, como cristianos, hacemos una diferencia en el mundo.

Nos encantaría tener la oportunidad de hablar y orar con usted. Le invitamos a que ingrese a championforest.org/conectar para que podamos estar en contacto. Y, por supuesto, esperamos con ansias el momento de poder saludarle en persona en una de nuestras sedes.

Que Dios le bendiga y tenga una semana llena de la presencia del Señor. Nos vemos pronto.